

## **Carta de Guigo I, quinto prior de Cartuja, a un amigo sobre la vida solitaria**

1. Al Reverendo...<sup>1</sup>, Guigo, el menor de los servidores de la Cruz que están en Cartuja: Vivir y morir por Cristo.<sup>2</sup>
2. Alguno estima feliz a otro. Para mí, el que lo es verdaderamente no es el ambicioso que lucha para conseguir honras elevadas en el palacio, sino el que escoge llevar una vida simple y pobre en el desierto, que gusta aplicarse a meditar en el reposo y desea permanecer sentado solo en el silencio.<sup>3</sup>
3. Porque brillar en las honras, estar elevado en dignidades, es, a mi juicio, cosa menos tranquila, expuesta a peligros, sujeta a cuidados, sospechosa para muchos, para nadie segura. Alegre en un principio, equívoca en la práctica, triste en su término. Aplauda a los indignos, indignase contra los buenos, y la mayoría de las veces se burla de unos y de otros. Y mientras hace desgraciados a muchos, a ninguno hace feliz ni contento.
4. Al contrario, la vida pobre y solitaria, es pesada al principio, fácil en su decurso, y al final se torna celestial. Es constante en las adversidades, confiada en las incertidumbres, modesta en la prosperidad. Es frugal en la alimentación, simple en el vestir, reservada en las palabras, casta en las costumbres. Digna de los mayores deseos, porque no desea absolutamente nada. Por sus malos actos pasados siente a menudo el arrepentimiento, los evita en el presente y se previene contra ellos en el futuro. Presume de la misericordia, pero desconfía de sus méritos. Hambrienta de los bienes celestiales, desprecia los de la tierra. Se esfuerza por adquirir una buena conducta, se mantiene en ella con perseverancia, y la guarda siempre. Se entrega a los ayunos por familiaridad de la Cruz, mas acepta los alimentos por necesidad del cuerpo. Dispone una y otra cosa con la más perfecta medida, ya que cada día domina la gula cuando decide comer y el orgullo cuando quiere ayunar. Se dedica al estudio, sobre todo de las Escrituras y de obras religiosas, centrándose más en la médula del sentido que en la vanidad de las palabras. Lo más admirable y elogioso es que, permaneciendo sin cesar en reposo, al mismo tiempo nunca está ociosa. Porque multiplica sus ocupaciones de tal modo que la mayoría de las veces le falta el tiempo más que las diversas actividades. Y se lamenta más frecuentemente de la falta de tiempo, que del fastidio del trabajo.

---

<sup>1</sup> Desafortunadamente no se conoce el nombre del destinatario de esta preciosa carta. El único manuscrito antiguo que la conserva (Biblioteca de Grenoble, ms. 241 (460)) tiene el nombre raspado sobre el pergamino, y a pesar de las técnicas modernas no ha sido posible visualizarlo.

<sup>2</sup> Cf. Flp 1, 21.

<sup>3</sup> Cf. Lm 3, 28.

5. ¿Y qué más decir? Es un bello tema aconsejar el reposo, pero semejante exhortación exige un espíritu señor de sí que, celoso de su propio bien, desdeñe entrometerse en los asuntos ajenos o públicos; un espíritu que sirva a Cristo en la paz, que no quiera ser a la vez soldado de Dios y guardián del mundo, y que sepa perfectamente que no puede gozar aquí con el siglo, y en el futuro reinar con el Señor.

6. Mas poco son esto y otras cosas semejantes si te acuerdas de lo que bebió sobre el patíbulo Aquel que te convida a su Reino. Lo quieras o no, te conviene seguir el ejemplo de Cristo en su pobreza, si quieres tener parte con Cristo en sus riquezas. “*Si sufrimos con Él, dice el Apóstol, reinaremos también con Él*”<sup>4</sup>, “*Si morimos con Cristo, viviremos también con Él*”<sup>5</sup>. El propio Mediador respondió a sus dos discípulos que le pedían sentarse uno a su derecha y el otro a su izquierda: “*¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber?*”<sup>6</sup>. Nos mostraba de este modo que se llega a los festines prometidos de los Patriarcas y al néctar de las copas celestiales por los cálices de las amarguras terrestres.

7. Porque en sí misma la amistad alimenta la confianza, y que tú, mi amado amigo en Cristo, me fuiste siempre muy querido desde el día que te conocí, te exhorto, te animo y te pido, visto que eres prudente, ponderado, instruido e ingenioso, que sustraigas al mundo ese poco de tu vida que todavía no ha sido consumido. No tardes en quemarlo para Dios como un sacrificio vespertino<sup>7</sup>, colocándolo sobre el fuego de la caridad<sup>8</sup> para que, a ejemplo de Cristo, seas tú mismo sacerdote y también “*víctima de agradable olor a Dios*”<sup>9</sup> y a los hombres.

8. Para que comprendas mejor a dónde quiero llegar con el ardor de este discurso, indico brevemente a tu prudencia cuál es el deseo de mi corazón y mi consejo: como hombre de corazón generoso y noble, abraza nuestro género de vida, teniendo en vista la salvación eterna, y, hecho nuevo recluta de Cristo, vigilarás, haciendo una centinela santa en el campo de la milicia celeste, después de haber ceñido al lado tu espada por causa de los espantos de la noche.<sup>10</sup>

9. Por tanto, como se trata de una cosa buena en su emprendimiento, fácil en su realización y feliz en su obtención, te pido que pongas en la consecución de un tan justo negocio tanta aplicación cuanto para ello te conceda la gracia divina. Dónde y cuándo debes hacerlo, lo dejo a la elección de tu perspicacia. Mas no creo de ninguna forma que un plazo o demora en ello sea algo ventajoso para ti.

10. Mas no quiero alargarme más sobre tal asunto, receloso de que este discurso rudo y sin elegancia te moleste como frecuentador del palacio y de la corte. Tenga, pues, esta carta un fin y una medida, cosa que no tendrá nunca mi gran afecto por ti.

\*

---

<sup>4</sup> Rm 8, 17.

<sup>5</sup> 2 Tm 2, 11-12.

<sup>6</sup> Mt 20, 21-22.

<sup>7</sup> Sal 140, 2.

<sup>8</sup> Lv 1, 17.

<sup>9</sup> Ef 5, 2.

<sup>10</sup> Ct 3, 8.